INTRODUCCIÓN

1. El sueño de dar la vuelta al mundo

¿Quién no ha soñado alguna vez con dar la vuelta al mundo, con hacer algo inequívoco una vez en su vida, algo imborrable? ¿Quién no ha soñado con vivir aventuras a modo y semejanza de los libros de Salgari o Julio Verne?
Decía Lawrence de Arabia que, de entre todos, quienes sueñan de día son los peligrosos, porque no cederán hasta ver convertidos sus sueños en realidad.

Un viaje de cuento es la historia es la de un tipo normal y corriente que se decidió a cumplir sus sueños y salió a dar la vuelta al mundo. Regresó, casi una década después, convertido en otra persona. La historia de un profesor de instituto, normal y corriente, encerrado en el ciclo de trabajo y vacaciones, un ciclo que le exigía diez meses de trabajo para pasar dos de asueto en cualquier país exótico en busca de aventuras. Sin embargo, en esos dos meses no echaba de menos ninguno de los artilugios que le esperaban en casa, ni el confort, ni la seguridad; por contra, cada septiembre, al regreso, sí echaba de menos la libertad y la incertidumbre del nómada que no sabe donde va a dormir cada noche.

Poco a poco, en la balanza fue pesando más el deseo por la libertad que el miedo a perder una cómoda vida de profesor de instituto; había una revolución interior. La pregunta estaba ahí cada noche: Salva, estos son los mejores años de tu vida… ¿estás haciendo lo que quieres con tu vida? La respuesta era no, obviamente. Yo soñaba con aventuras, estar perdido en medio de las selvas asiáticas, en una ceremonia africana, pedalear a cinco mil metros de altura y ver las águilas volando por debajo; soñaba con conocer la dureza de los inviernos, dormir en todos los desiertos del mundo, comer con las manos sentado en el suelo con una familia africana o con palillos con una china; ver a animales salvajes sin unos barrotes de por medio, tener novias exóticas, problemas en una frontera remota…

Tenía mis ahorros y todo el planeta delante de mis ruedas, pero no sabía si tenía diez años más de vida. La convicción se hizo más fuerte que el miedo a volar. Decidí romper con todo y dedicar los mejores años de mi vida a cumplir mi sueño. Me fui. Puse mi casa sobre una bicicleta y el mundo se convirtió en mi jardín.
Esa fue la apuesta: mis ahorros y mi sueño contra la muerte, viajando. Por todo seguro de vida, mi fe en un par de versos de García Montero: “...comprendí que la inmortalidad puede cobrarse por adelantado” (*Completamente Viernes*, 1994. Tusquets)

2. La vuelta al mundo en mapas y números

• 145.266 kilómetros desde Granada a Granada. • 265 pinchazos • 83 radios rotos • 42 cubiertas • 4 sillines • 116 lunas llenas • 75 puertos de montaña por encima de los 4.000 metros, de 3.000… imposible recordar. • Casi 100 países • 14 cruces por el ecuador • 2 dientes rotos • 4 pasaportes…	• **África:** 2 años y 3 meses. 42.007 kilómetros. • **Asia:** 3 años y 2 meses. 50.125 kilómetros. • **América:** 2 años y 10 meses. 43.018 kilómetros. • **Europa:** 6 meses. 10.116 kilómetros.

UN VIAJE DE CUENTO:
CRÓNICA DE NUESTRO MUNDO Y NUESTRO SIGLO A RAS DE SUELO [1]

Un viaje de cuento es una saga de cuatro títulos sobre una vuelta al mundo en bicicleta y en solitario a lo largo de una década, desde 2006 a 2015; una extensa crónica sobre este mundo nuestro del nuevo milenio. Vivida y escrita en primera persona, desde una perspectiva mantenida siempre a ras de suelo, refleja un testimonio honesto sin pretensiones academicistas ni verdades solemnes, ceñido al ámbito de la intrahistoria en su sentido más unamuniano. Una crónica, en suma, ajena a los generales y los presidentes, a las estadísticas y a las celebridades, protagonizada por esa humanidad anónima que jamás saldrá en las noticias, la misma que hace de este mundo un lugar maravilloso para vivir y viajar.

Desde ese punto de vista compilador, en África resalta la humanidad de su gente, en Asia la diversidad brinca de capítulo en capítulo, y América se lee al ritmo de un continente vibrante. Europa, el viejo continente, cierra el círculo del viaje mezclando las vivencias a ras de suelo con las reflexiones de una década a bordo de una bicicleta: quien se fue y quien regresa.

1. ÁFRICA

África está protagonizada por los niños. Hay muchísimos y todos llevan en sus rostros la alegría y la esperanza por un mañana que será mejor sin duda. Son la riqueza de África -cuántos más tengas, más rico eres- y la evidencia de que los valores occidentales se dejan atrás en este continente. Aquí, en África, la riqueza no se mide con el dinero.
Posiblemente, un sueco podrá decir que en Congo la gente es pobre porque no tiene dinero, pero, igualmente, un

---

[1] El documento se enriquece con breves fragmentos extraídos de los libros escritos por Salva Rodríguez para ilustrar y complementar la guía didáctica, además de acercarla a la génesis del concierto *Mil músicas y una bicicleta*. También pueden servir para trabajar otros temas transversales como los valores, la convivencia y la igualdad. Pueden ser copiados y utilizados citando la fuente.
Todas las fotografías de esta guía fueron tomadas durante el viaje por Salva Rodríguez y están bajo una licencia Creative Commons para uso no comercial y sin obras derivadas (CC BY-NC-ND 3.0). Más fotografías e información en www.unviajedecuento.weebly.com

congolés sentirá lástima si visita Suecia y descubre que la mitad de sus habitantes viven solos, en casas unipersonales, y les llamará pobres.

La alegría y la esperanza no son exclusivas de la niñez, son valores que se prolongan también durante la vida adulta. Hay fe en el mañana y sin necesidad de libros de autoayuda ponen en práctica que la felicidad está por encima de las posesiones materiales que no tienen. De hecho, tienen tan poco que no tienen depresiones ni psicólogos que se las diagnostiquen. Lo que sí tienen es una inquebrantable esperanza en el mañana y un espíritu positivo más fácil de contraer que cualquier ébola. Y tienen... retos.

Mozambique tiene una gente maravillosa y la desgracia de estar atravesado por tres enormes ríos que nacen en las selvas de África Central y se desbordan con frecuencia, arrasando el esfuerzo de cultivos y negocios, llevando a las televisiones del mundo imágenes catastróficas, como aquella mujer dando a luz en lo alto de un árbol. Pero ellos siguen luchando, felices, encarando la vida con una incombustible esperanza.
–¿Quieres saber el secreto de nuestra alegría? –me dice un tipo cuya casa se acaba de venir abajo.
–Por supuesto.
–Nosotros, los africanos, no tenemos problemas.
–¿Cómo? –y casi estallo en carcajadas.
–Así es. No tenemos problemas, tenemos retos.

Aquello no era ningún templo zen de arcana sabiduría, era una subdesarrollada aldea africana; toda una lección. Semejante actitud hacia la vida debería exportarse a las casas donde encontrar un sofá que encaje en la decoración se convierte en un problema.

Salva Rodríguez (2012). *África, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 104-105

La generosidad es también un valor que caracteriza al continente africano. A menudo hay solo un pozo de agua potable en cada aldea; hay familias que tienen que caminar varios kilómetros para llenar sus contenedores de agua -entre 25 y 40 litros- y después transportarlos en sus cabezas de regreso a sus casas. Sin embargo, jamás niegan compartir ese agua que tanto esfuerzo les cuesta conseguir. No ofrecen lo que les sobra, porque no les sobra nada, sino que comparten lo que tienen. Jamás me negaron agua durante mi viaje por África. Jamás. Por poca que tuvieran, me dieron al menos un litro. La primera vez que me negaron agua potable no fue en África, sino en una cafetería europea, en Bruselas; me dijeron que comprase una botella...

Otro gran contraste entre Europa -el “Primer Mundo”- y África -el “Tercer Mundo”- es el disfrute del presente, la relación hombre-tiempo. Es en Europa donde se escribe hasta la saciedad cualquier *adagio* en relación al disfrute del tiempo presente (*Carpe diem*), y, sin embargo, es donde se repite hasta la saciedad la misma frase: “No tengo tiempo”.

Los africanos son millonarios en tiempo. Para ellos, compartir, ayudarse, conocerse, es una actividad que requiere mucho uso de tiempo. Las relaciones sociales se llevan un alto porcentaje del día a día, no en base a un sistema

filosófico, sino movidos por el sentido común de que establecer lazos exige tiempo compartido, convivencia y recuerdos.

La vida en África no está regulada por un reloj, ajeno al ritmo de las actividades, sino son las actividades las que determinan la vida. El autobús no sale a las 7.00, sale cuando está lleno.
En un continente donde la muerte no es un tabú, sino una presencia, los africanos son conscientes de que el bien más preciado no es el dinero, es el tiempo que les resta por vivir, el tiempo que no saben en qué momento se detendrá. Por tanto, no dedican sus días a ganar un dinero que saben va y viene, que se quedará tras su muerte, dedican sus días a convivir con sus seres queridos.

De norte a sur y de sur a norte, en África la hospitalidad es obligada, incuestionable. En consonancia con un punto de vista que no prima el ganar dinero, la visita de un viajero se identifica con un sentido ancestral de querer ayudarle en su camino. El viajero tiene derecho a pasar la noche, cenar y bañarse, porque está lejos de su casa, lejos de los suyos; hay que ayudarle en su soledad y en su camino. Una hospitalidad inquebrantable que puede resultar entretenida...

Por lo general, cuando llego a una aldea, el protocolo de conocer al jefe, o al rey, o al administrador, no lleva más de unos minutos, y jamás soy rechazado, la hospitalidad es sagrada en África. Pero, en algunas ocasiones, la autorización puede llevar un tiempo...

–Hola, estoy viajando en bici por África, quisiera pedir permiso al jefe para dormir aquí.
–Sin problemas, ven conmigo –y sigo al amable chico que me lleva cruzando la aldea ashanti hasta la casa del jefe.
Un blanco en bici en el pueblo es todo un acontecimiento, y los chicos que nos ven caminando se unen tras nosotros. Al llegar a la casa, soy recibido por una señora y rápidamente sentado en una silla; poco más tarde, el jefe aparece. Me levanto para saludar, pero el jefe se sienta en otra silla dispuesta frente a la mía y vuelvo a sentarme. No ha pasado una mosca, y el jefe se levanta de la silla para ofrecerme la mano; bien, yo hago lo mismo y nos volvemos a sentar. Creyendo que es el momento, abro la boca para presentarme cuando el jefe vuelve a levantarse de la silla. Miro al chico que me ha traído hasta la casa y lo veo haciéndome gestos para que me levante, así que vuelvo a levantarme y nos damos la mano una segunda vez. Bien, y ahora qué viene. Así pues, me quedo callado un rato sin saber hasta dónde llegará el protocolo, cuando noto que el jefe está esperando a que me presente. Y charlamos un rato. Por supuesto, soy bienvenido, pero sería conveniente que el rey diera también su consentimiento:
–Ah, cómo no. Pues vamos a visitar al rey –y salimos de la casa del jefe en plena comitiva: los que habían llegado conmigo, el jefe con sus hijos, y los que se unen en el camino a la casa del rey. Mi bici anda de las manos de alguno de ellos, y atravesando senderos llegamos a la casa del rey. A palacio.
Nuevamente, soy sentado en una silla, pero esta vez conozco la ceremonia y me levanto por dos veces al unísono con el rey, al que parece agradar mi recién adquirido conocimiento.
–¿Y por qué has parado en esta aldea?
–Pues..., porque quisiera conocer la cultura ashanti, vuestras costumbres, me parecen muy interesantes.
–Ah..., y en España, ¿conocéis a los ashanti?, ¿dónde has sabido de nosotros?, ¿en la escuela?
–Oh, sí, claro. Hay muchos libros en español que hablan de la cultura ashanti y sus famosos funerales.
El rey está más que complacido y contento con su educado huésped, pero...
–¿Sabes? Ahora estamos en democracia y, bueno, sería mejor si el presidente del pueblo te autoriza también a dormir aquí. Es por cumplir, nada más.
Ajá. Cuando salimos de la casa del rey, la comitiva parece casi una manifestación. Creo que la mitad del pueblo viene conmigo, y mi bici ya la he perdido de vista, así como al primer chico que me llevó a la casa del jefe.
Camino junto al jefe y al rey, mientras todos los demás van detrás guardando las formas, y nos acercamos a la casa del presidente. Ya ha anochecido y los mosquitos me están matando, pero, afortunadamente, el presidente abrevia el protocolo y me estrecha la mano en la puerta de su casa, autorizándome a dormir donde más me plazca. Yo creo que se había temido lo peor al ver llegar a estas horas semejante tropel a su casa.
Y sí, finalmente, llegamos a una zona abierta con árboles junto a la escuela, que me había gustado al entrar al pueblo..., dos horas antes. Mi bici con todas mis pertenencias aparece abriéndose paso entre la multitud, y trayéndola reconozco sonriente al chico que me llevó a la casa del jefe, tan feliz de empujar el galeón del visitante blanco. Todos contemplan admirados cómo monto la tienda, mi lucecita mágica en la cabeza y mi esterillo para dormir, en fin, mis cosas de cada día, pero sus risas y comentarios de sorpresa me hacen sentirme casi como el mago Tamariz. A una orden del rey, un chaval

sale disparado y de inmediato trae un cubo lleno de agua para mi lavado. Y a una segunda orden, se dispersa la reunión ilícita, cada mochuelo a su olivo. El jefe y el rey, muy en su cometido, vigilan mis pertenencias mientras yo me lavo tras unos árboles, y, tras asegurarse de que tengo comida para cenar, se despiden ceremoniosamente. Qué mundo.

Salva Rodríguez (2012). *África, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 42

La música es un elemento cultural importantísimo en África. Está entreverada con su sentido de disfrutar de la vida. Para los africanos la música es alegría y es baile, y no cuesta un dinero que no tienen. Parte de su alegría y su felicidad radica en el disfrute de la música a través del baile, no tienen más que dar rienda suelta a ese instinto atávico del movimiento para sentirse inmensamente dichosos. Es gratis y puede ser a cualquier hora del día, ahí donde hay música, todos paran y empiezan a bailar. Es parte de la educación de los niños.

A la noche, cuando no hay luz de sol, cuando todos están reunidos en familia, es el momento de la música; los niños aprenden a bailar junto a sus hermanos mayores y sus padres. Todos bailan, todos ríen, todos disfrutan. Nadie piensa en ese momento en trabajar, en luchar por ganar dinero; para ellos, disfrutar y ser felices es tan sencillo como empezar a bailar.
No necesitan diez pantallas táctiles, ni complicados juegos electrónicos, ni que gane el Madrid... Sólo suena la música y es suficiente para ser feliz.

Y África es dura, no solamente por sus carreteras, por su falta de infraestructuras y escasez de bienes básicos de consumo -conseguir alambre en el norte de Angola es extremadamente difícil-, también por unas situaciones de miseria que desbordan en mucho la línea de una vida digna. La importancia del clima, la

desecación, la fragilidad de sus ecosistemas y la situación económica de un continente que conoció el dinero apenas ciento cincuenta años atrás, es imposible de obviar. La vida en África es extremadamente dura. Y sin embargo, incluso en esas circunstancias, los africanos siempre conservan la sonrisa...

Algo me encamina al Nazareth Shelter. La gente me da indicaciones de la dirección con asombro, pues está en un suburbio. Yo prosigo y entro por las calles de la miseria canalla, de los sueldos de nueve dólares al mes...

Llego al refugio y la primera vista me deja helado; es un asilo para viejos sin familia, con dos barracones para dormir y una cocina. El aspecto de los pobres viejos es terrible: sucios, malolientes, malcomidos y en harapos. La reciente lluvia incrementa la suciedad del asilo, donde hay barro por doquier.

Me presento, y, aun con todo, mientras nos damos la mano, una expresión de alegría en sus miradas surge de sabe Dios qué profundo lugar. Peter, un huérfano de los miles que el sida provoca, fue recogido por los religiosos y vive en el asilo. Se erige en mi guía y me ayuda a poner la tienda bajo unos árboles.

–Cuidado con los ladrones –me insiste una y otra vez.

El Nazareth está en medio de un arrabal donde habitan los más desafortunados, sin vigilancia y lindando con la estación de minibuses, todas las papeletas para tener un problema. Peter me mira preocupado por mis caros y tentadores objetos; yo busco en mi instinto y no hallo más que tranquilidad, pero no logro transmitírsela.

–Hoy es domingo y todos están borrachos –dice.

Le sonrío y le pregunto por un cubo para lavarme. Peter vuelve a dudar, pero me lleva a los baños. Oscuridad, mosquitos, humedad y paredes donde da miedo rozarse. Peter, en un silencio que no comprende qué demonios hace un europeo sufriendo su miseria, me deja sus chanclas y se retira.

Una vez limpio, pero con una tristeza interior que me rasga, regreso con mi amigo y los viejos. Me cuentan. Durante el día mendigan en la ciudad, malcomen, hace más de diez años que no han comprado una camiseta o unos calcetines, están solos, medio locos y, pese a tanta hostilidad, viven, viven más que sus hijos, más que los padres de Peter, viven a salvo del sida y encuentran un motivo, una broma con esa rara linterna del ciclista blanco, un dato sobre el invierno en España, y a esa mínima oportunidad se rompe el dique: sonríen, ríen y toda la alegría enterrada por la penuria ilumina la noche.

Cenamos juntos, Peter prueba mis espaguetis y yo pruebo su *sadza*. Me cuenta sus sueños, el administrador del asilo le ha comprado un pasaporte y se va a ir a Sudáfrica en busca de un futuro mejor, o simplemente huyendo de esta mierda de vida.

–Soy buen jardinero o puedo vigilar una tienda o ser mecánico.

Su ilusión me conmueve y le deseo lo mejor:

–Seguro que encuentras un buen trabajo y creas tu familia allí.

Voy a mi tienda con más pena rasgándome el alma. Las ciudades africanas están llenas de buscavidas como Peter que no encuentran trabajo, que buscan comida en la basura, enfermos, mendigando, robando, con la muerte a cuestas, amargados, *“hey, whiteman, look at me, I am a street boy, ja-ja, give me money”*.

Ojalá Peter tenga una milésima de la suerte que he tenido yo por nacer al norte, ojalá encuentre algo porque no es un número para mí; lo conozco y no puedo ser ajeno, ni evitar preguntarme dentro de diez años: "¿Cómo le habrá ido a aquel chaval de Zimbabwe?".

Amanece. Tras la lluviosa noche, un limpio cielo azul pinta de esperanza la mañana. Es tan limpio el aire en África, tan hermoso el color, que resulta imposible no creer en un futuro mejor, da ganas de vivir. Me despido y me parece increíble que Peter, estos viejos, me deseen buena fortuna en mi viaje, a mí que lo tengo todo; es gente que se siente feliz siendo buena.

Salva Rodríguez (2012). *África, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. *Pág. 84*

2. ASIA

Asia es, sin duda, el continente de la diversidad, tanto en culturas como en ecosistemas. En él caben todas las religiones, las más variopintas y sofisticadas gastronomías, cientos de etnias que conviven y comercian; costumbres basadas en el pan y en el arroz, en los monzones y en las épocas secas, en los inviernos y los veranos. Y costumbres tan ajenas a Occidente como la prohibición de tocar a los niños en la cabeza, de tirar las migas de pan al limpiar la mesa, los matrimonios poliándricos, o el *tarof*...

Entro a Irán por las provincias azeríes, una minoría étnica que ni se identifica con los persas, ni con el extremismo shiita, donde el tarof es más intenso que en otros lugares del país.

–Bien, me las llevo –le digo al zapatero del bazar, tras el regateo con cuatro idas y venidas, dos tés y la invitación a que me visite un día en España: necesito unas sandalias nuevas. No me quiero imaginar lo que debe ser aquí una negociación para comprar una casa.

El tipo rechaza sonriente mi dinero dejándome perplejo. Tras tanta discusión, ¿ahora me las regala? Insisto nuevamente.

–Por favor, tenga.

Y otra vez que me encuentro la negativa del zapatero. A punto estoy de dar las gracias e irme con las sandalias en la mano cuando me llega a la memoria la peculiar costumbre del *tarof*. Ofrezco mi dinero por una tercera vez.

–Aquí tiene.

Esta vez, sin dejar de sonreír, el zapatero acepta mis riales y los alza al cielo musitando Bismilah.

En Irán, país de maneras dulcemente antiguas, es costumbre rechazar los ofrecimientos por dos veces, o lo que es igual, ofrecer por tres veces. Solo en la tercera, se acepta o se rechaza definitivamente. Y con mi amigo Alí, en Tabriz, más de una vez nos reímos.

–Deja de 'tarofearme', Alí, he dicho que este té lo pagaba yo.

–¡No te estoy 'tarofeando', Salva! Eres mi huésped, no puedes pagar. Lo siento.

Salva Rodríguez (2013). *Asia, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 41

Un continente perfecto para recorrerlo a la velocidad de una bicicleta y ser consciente de la transformación del paisaje, del cambio de los ecosistemas que constituyen la vastedad de Asia. Desde los desiertos a los bosques y montañas, a las estepas, a las selvas, los paraísos costeros, las islas volcánicas, incluso la tundra tiene su espacio en este continente que ofrece un compendio de la variedad existente en el planeta. Países con diez mil habitantes por kilómetro cuadrado, como Japón, y casi deshabitados, como Mongolia, con menos de dos personas en la misma dimensión.

La diversidad se hace aún más notable al transcurrir por ella en un medio, como es la bicicleta, que permite al ojo humano ser consciente de la transformación paulatina. Así, dejar la megalópolis de Pekín y su abrumadora nube de contaminación hacia el vecino desierto del Gobi ofrece, día a día, una transición que despeja el horizonte, trae cielos límpidos y distancias cada vez más despobladas.

Viajando en una bicicleta se constata que las diferencias, tanto las humanas como las geográficas, no son opuestas ni marcan fronteras tajantes; todo lo contrario, hay siempre una transición de una a otra. Personas y ecosistemas conviven en su rasgo diferencial. Al igual que tras el desierto van apareciendo las manchas de vegetación en el suelo, los cultivos, los arbustos, los árboles, hasta alcanzar un frondoso bosque de montaña, sucede con las diferentes etnias y culturas. La convivencia y el mestizaje son la llave que abre la puerta a una nueva cultura desde la anterior; de los turcos a los persas, a las etnias nómadas, a los hindúes, los chinos, tibetanos... Un fascinante recorrido por la geografía humana y física del continente oriental.

Igual ocurre en Borneo. Gente feliz, los dayak, me hacen sentirme bienvenido cuando paro en una aldea, nunca me da tiempo para preguntar dónde puedo dormir. La casa junto a la que detengo mi bici inmediatamente lo organiza todo, es decir, un baño, una cena y un sitio para tumbarme a dormir con mi mosquitera.

Ante la llegada del extranjero, del “otro”, acuden todos los vecinos y los veo hablar entre ellos, haciéndome gestos amables para que espere un momento, se ríen, discuten, señalan aquí y allí, los niños se acercan a mi bici, me saludan repitiendo una y otra vez *good morning* –algo tardío a las seis de la tarde, pero entrañable–. Al final de la velada, duermo como un lirón sabiendo que no tengo nada de lo que preocuparme, una tranquilidad que, ciertamente, no será tan frecuente por Canadá y Estados Unidos.
Sin embargo, los dayak son conocidos por una costumbre bien distinta de su hospitalidad: cortar las cabezas de los enemigos para apoderarse de su espíritu. Mis amigos de Jakarta habían bromeado con el asunto, una incómoda reputación que los dayak tratan de poner a un lado diciendo que son cosas del pasado y, claro, ante semejante bienvenida en cada aldea, lo último que me pasa por la cabeza es una rebanada en el cuello. Además, la última redada –entre trescientas o mil doscientas cabezas, dicen– se remonta a... ¡1997! Cosas y conflictos del programa de transmigración entre islas; uno de los grupos que llegó a Kalimantan, procedente de Madura, al parecer no hizo buenas migas con los locales...

Los tibetanos son agradables casi siempre, de fácil risa, y se toman muy en serio la alimentación. Es un pueblo de gente recia –nada que ver con los pequeños chinos– y, cuando me invitan a comer, me hartan. También son rudos, con una curiosidad que torna en impertinencia a menudo, capaces de meter sus cabezas dentro de mi tienda sin ser invitados mientras estoy descansando. Una de las culturas más interesantes de este planeta, que impresiona a todos los occidentales; la vida es muy dura en este altiplano y ellos están “a la altura”. Pese al entorno hostil del medio ambiente, han generado un rico acervo de sofisticadas ceremonias, casas elegantes, música dulce, y rebosan alegría infantil. Es normal que caigan simpáticos en Occidente.

Salva Rodríguez (2013). *Asia, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en* bicicleta. España: KRK. Págs. 152-3 y 224

Un rasgo común entre tanta diversidad es la presencia de la práctica religiosa y su importancia en la organización del día a día. Las diferentes religiones, a menudo, llegan a ser el marco de referencia para personas y estados, constituyéndose en una guía comunitaria para el comportamiento y la convivencia. Son tanto una presencia visible, por sus edificios y ceremonias, como vivencial, incluso en el lenguaje, que se llena de alusiones religiosas. Islam, cristianismo, budismo, hinduismo, sijismo, jainismo, sintoísmo, y un amplio número de religiones minoritarias conviven en el continente; en algunos casos con extrema tolerancia, como el ejemplo de Malasia, y en otros, con dificultades y violencia esporádica.

Un hecho que va de la mano con otro rasgo común en Asia: la desigualdad de género. Hombres y mujeres, mayoritariamente, ocupan trabajos diferenciados, y asignados según una perspectiva tradicional de género, y se comportan acorde a los mismos convenios heredados que no se han abierto a la revolución de la mujer, salvo en burbujas ocasionales de la elite social.

El machismo impera desde Turquía a Japón, y cabe resaltar que en las repúblicas exsoviéticas, donde la igualdad de género se asentó mientras la antigua URSS las tuvo bajo su mandato militar, la recuperación de las doctrinas religiosas tradicionales ha conllevado igualmente una degradación de la mujer a segundo plano o a un rol exclusivo de madre y ama de casa. Una situación que en Afganistán se ejemplifica de manera extrema: durante la ocupación soviética, las mujeres enseñaban en las universidades y, ahora, con la ocupación talibán no pueden salir de sus casas.

La situación en Kabul es tranquila, aunque cada día hay algún secuestro, un asesinato, un atentado, o los tres a la vez. Es sencillamente una cuestión de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, mucha mala suerte, y yo soy un tipo con suerte. Estar haciendo fila en la puerta de la embajada india, que lleva dos atentados con bombas, se me hace eterno, ese sí es un lugar equivocado. La pakistaní es más segura, ha tenido solo una bomba... O caminar con Hilde, que va a todos lados sin cubrir su cabello. Muy pocas mujeres llevan el pelo descubierto en Kabul –las occidentales que trabajan aquí se cubren de arriba abajo–, las puede matar cualquier extremista desde una moto, como unos días antes de mi llegada le ocurrió a una cooperante inglesa por moverse en bicicleta, algo prohibido socialmente a la mujer.
–¡Sin miedos, Salva! Esta vida hay que afrontarla a pecho descubierto, hay que ser por fuera lo que se es por dentro –dice Hilde, mientras se prepara para ir a hacer *footing* con su colega Fernand.
Por mucho que yo apoye y admire su determinación, hasta que no la siento regresar, no respiro tranquilo.

Salva Rodríguez (2013). *Asia, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 108

Si dentro de la diversidad, hay hechos comunes, sobresalen también rasgos diferenciales que evolucionan de un extremo al otro. Uno de ellos es la hospitalidad, que, desde ser considerada una obligación moral en el oeste islámico pasa a desaparecer absolutamente en el extremo oriental, donde la privacidad del hogar no concibe tener sus puertas abiertas a un extranjero. Sin embargo, es precisamente en el oriente asiático donde está presente con más firmeza el peregrinaje -casi siempre religioso-; el viajero, el peregrino, no es considerado un vagabundo, sino un hombre -nunca una mujer- en búsqueda de un elevado objetivo espiritual, y por tanto respetado y aceptado socialmente. La falta de hospitalidad y curiosidad por el “otro” se ve cubierta por las puertas abiertas de los templos, que se convierten en refugios de peregrinos y viajeros.

Nos encaminamos a la ciudad inmediata, Amritsar, donde está el Templo de Oro, el lugar de culto más importante para la religión sikh, tan próspera como tolerante. Tratando de conciliar islam e hinduismo, el gurú Nanak desarrolló en el siglo XV esta curiosa religión llena de compasión y sentido caritativo. Sus templos –las gurduaras– están orgullosamente "abiertos a todo el mundo sin prejuicio de raza, religión o sexo", no comparten el sistema de castas, y en ellos cualquier persona puede pedir aloja- miento y comida gratis. La comunidad sikh se toma muy en serio sus obligaciones hacia la humanidad y en estrictos turnos velan no solo por el mantenimiento de sus templos, sino también por el cuidado de los dormitorios, los aseos, para que nunca falte comida al pobre, al peregrino, al ciclista y... al mochilero japonés.

Salva Rodríguez (2013). *Asia, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 122

También el individualismo se va convirtiendo en colectivismo en una línea que recorre Asia hacia el Este, donde la noción de grupo es inculcada desde la infancia en detrimento del individualismo, que se contempla como una actitud dañina y peligrosa. Pero sin lugar a dudas la evolución más visible y diferencial en este continente es la relación del hombre -nuevamente el hombre- con el trabajo y su grupo social.

Si en el extremo más oriental, el pilar del trabajo sostiene a sociedades gigantescas como China y Japón, donde nada es considerado más importante, en el occidente islámico las relaciones sociales se sitúan en la cúspide de las prioridades vitales y la vida del bazar se rige por los lazos de amistad y familia en lugar de por principios económicos. En el bazar, el comerciante no cierra su tienda a las 8.00 de la tarde, la cierra cuando ha ganado lo suficiente y entonces se marcha a pasar su tiempo con sus amigos y su familia; es más importante la interacción social que ganar más dinero. Muy al contrario, los mercados y oficinas del extremo oriente permanecen abiertos desde el alba a la caída de la noche; en Japón no es inusual encontrar gente que tiene dos trabajos de horario completo, dieciséis horas al día.

3. AMÉRICA

Si África es un continente protagonizado por la humanidad de sus gentes, y Asia se caracteriza por la diversidad, indudablemente, el rasgo más llamativo de América es la belleza: el continente americano es espectacular desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

Un continente enorme, que se extiende desde el paralelo norte 70 al paralelo sur 55, una orografía desproporcionada respecto a sus habitantes y sus asentamientos, y una edad adolescente en comparación con Euroasia que permite circunstancias y aventuras ya imposibles en los viejos continentes. Por último, y no menos obvio, un continente fracturado entre la Norteamérica anglosajona y Latinoamérica; una relación de amor-odio que estructura en gran parte la geografía humana y económica, pero que también diferencia una sociedad liberal y consumista de una cultura basada en la familia y la celebración del presente, el latino disfruta el día con una intensidad envidiable: “Vamos a celebrar cualquier cosa antes de que el mañana venga y lo reviente”.

Cruzar a Tijuana no solo cambia la extremada formalidad estadounidense por calidez latina, y el sueño californiano, por la juerga sin límites, sino también el sabor de lo dulce, que vuelve a tener azúcar. En los Estados Unidos, el chocolate, las galletas, hasta la gaseosa, todo tiene un sabor dulce extraño, algo que en un principio me provocaba una mueca de disgusto, sobre todo con las galletas, hasta que de casualidad descubrí el motivo: no usan azúcar, sino un sirope extraído del maíz. Tal vez, si creces comiendo eso, te acostumbras, pero, si pruebas el azúcar..., en muchos supermercados de California se vende Coca-Cola importada de México, más cara que la suya, ¡porque aquí la hacen con azúcar! No creo que sea un asunto frívolo, todo lo contrario, desde el momento en que cruzo a México, me invade una sensación inequívoca, un país de gente dulce.

Salva Rodríguez (2015). *América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 65

Al sur de esa Línea, en Latinoamérica, no existe el anonimato de las ciudades estadounidenses, hay una comunicación no verbal que grita en cada calle, en cada mercado. La gente interactúa constantemente, se hablan y lo hacen con una cortesía extrema, saturada de maneras castellanas antiguas. En cada calle, cada mercado, se escuchan miles de veces “por favor”, “gracias”, “con permiso”, aunque las palabras que se usan por encima de todas son “colaborar” o “cooperar”; no hay abundancia y todo el mundo es consciente de que hay que echarse una mano.

La juventud del continente y sus extremos ecosistemas mantienen grandes superficies de tierra en las que el hombre es apenas un visitante y son los animales salvajes los dueños del lugar. Así sucede en los territorios del norte, donde osos, lobos, alces, renos, castores y una enumeración interminable de aves y pequeños mamíferos viven ajenos a la civilización que en otros continentes les ha recluido en zoológicos y parques nacionales. Pero, igualmente, en el Amazonas, en Los Llanos, y en menor escala en los reductos de selva deshabitados que existen en casi todos los países latinos, donde monos aulladores, osos hormigueros, serpientes y coatíes campan a sus anchas.

Continúo pedaleando mientras vigilo el deambular del oso, arriba en la loma, que ha tomado la misma dirección que yo. Tan pendiente voy del plantígrado, que no me doy cuenta de algo más problemático: una hembra con sus crías.
–¡Ahí va! –grito sorprendido cuando regreso la vista al frente y veo a veinte metros una hembra con dos oseznos en el arcén derecho de la carretera.
Están tranquilamente comiendo flores, pero la hembra me ha visto –o me ha olido– y creo que estoy más cerca de lo conveniente, ¿qué hago?, aun tan cerca, retroceder frente a un animal salvaje no es nunca una buena idea. Parado en pie, hablo en voz alta; todo vuelve a indicar que las flores les interesan más que yo, y la hembra prosigue con sus crías comiendo junto al arcén. Después bajan unos metros al matorral y desaparecen de mi vista.

No estoy muy seguro de continuar todavía, ¿y si un osezno sale corriendo para cruzar la carretera mientras yo paso? Eso es lo peor que puede suceder, según dijo Fred, “nunca te interpongas entre una madre y sus crías”.
Tan pendiente estoy de ellas que he olvidado al otro oso y de repente el corazón vuelve a darme un brinco: el macho baja de la montaña como una exhalación, cruza la carretera y entra al matorral donde está la osa con sus crías. Esto no huele nada bien, ¿qué pasa ahí abajo?, ¿qué están haciendo?
Salgo de dudas tras unos segundos. Los dos osos salen corriendo del matorral, saltan al arcén derecho y se dirigen en estampida directos hacia mí; si hay alguna sensación que corresponda letra por letra a la palabra “pánico”, yo la tuve en ese momento. Qué hacer cuando ves dos osos corriendo uno tras del otro directos hacia ti...

Salva Rodríguez (2015). *América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 24

Inmensas y vírgenes superficies de tierra no sólo caracterizadas por el reino animal, también por una ausencia de explotación humana que permite la supervivencia de escenarios impensables en continentes más habitados. No sólo el Amazonas o la tundra helada canadiense, también paisajes andinos donde los colores de la riqueza mineral y la altitud han constituido rincones que parecen pertenecer a otro planeta, como el salar de Uyuni...

Blanco y blanco, solo blanco. La huella a veces es lisa y voy rápido, a veinte kilómetros por hora, en otras partes está llena de protuberancias y voy más despacio dando saltitos; resultado de tanto golpeteo en tan duro suelo, mi parrilla trasera se ganará una visita al soldador en Uyuni. Cuando al atardecer noto la llegada del viento, paro en medio de este infinito círculo blanco y raspo con los pies las aristas de la sal, que se empeña en dibujar hexágonos por todos lados. Instalo la tienda –llevo conmigo una piedra para golpear las picas en la dura superficie– y me dispongo a disfrutar de uno de los lugares con los que más tiempo he soñado: por fin, acampado en el salar de Uyuni.

Tras dos o tres horas de vendaval que aprovecho para cenar dentro de la tienda, el silencio sucede al viento y es entonces cuando puedo comprender el lugar donde estoy; no es solo la belleza de esta planicie blanca. Aquí no hay ni siquiera una mosca, ningún tipo de vida, más allá de eso, es donde las gaviotas salineras vienen a morir cuando se sienten viejas. No es silencio lo que se respira aquí, sino la muerte. En un planeta lleno de diversidad vegetal y animal, pocos rincones existen donde la vida desaparezca completamente. Paso una extraña noche, tan abierto el horizonte y, sin embargo, estoy en un ataúd. En la absoluta oscuridad, las estrellas aparecen por miles y miles en la bóveda del cielo, casi tocan la línea curva del salar, y son la compañía que sosiega esta atmósfera de muerte. Cuando amanezco, no me sobrecoge el silencio ni la soledad, sino la extraña sensación de ser lo único vivo en tantos kilómetros a la redonda.

Salva Rodríguez (2015). *América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 274

El factor humano, la civilización, en este continente tiene un protagonismo secundario. No obstante, es patente que la desigualdad económica y la influencia estadounidense -ahora política, antes imperialista- son los rasgos más visibles de América que ocasionan un ingente flujo migratorio legal y clandestino desde el sur hacia el norte. Una gran parte de la población latina sueña con alcanzar Estados Unidos y trabajar allí -unos para establecerse, otros sólo para ganar dinero durante una temporada-, un deseo generalizado que modifica en gran parte el *modus vivendi* comunitario y tradicional de los pueblos latinos por el sistema consumista de grandes necesidades económicas. Los que tienen éxito y regresan enriquecidos refuerzan el empuje de las nuevas generaciones hacia la conquista de la riqueza como objetivo vital, un referente cultural del pueblo estadounidense. Cuando son preguntados por lo que consideran más importante en la vida, los estadounidenses responden mayoritariamente “La riqueza”; y en Latinoamérica esa respuesta, que antes era “La familia”, se extiende con la velocidad de nuestros tiempos. Un cambio cultural muy visible ya en países como Costa Rica, Panamá, que causa profundos conflictos generacionales y origen principal de las pandillas violentas que han convertido Latinoamérica en el continente más sangriento del planeta.

Chiapas es una región fronteriza clave para la inmigración ilegal del continente. Hay numerosos carteles informativos para los inmigrantes sobre sus derechos, para que eviten a los coyotes y a los oficiales corruptos, explicando cómo hacer una denuncia anónima, y también hay multitud de canallas que dentro y fuera de la ley abusan de la indefensión que siente un “ilegal”.

Aquí es donde muchas chicas creen la promesa que las llevará a los EE. UU. y que termina en la pesadilla de Tijuana, donde comienza ese tren del que te puede tirar la mafia si no pagas la cuota de paso, el mismo tren que ha hecho famosa la compasión mexicana gracias a las patronas de Veracruz: un grupo de mujeres que espontáneamente comenzaron a entregar bolsas de comida y agua al paso del tren para los inmigrantes hambrientos que van en el techo, y que ahora se han convertido en el símbolo latino de algo tan importante como tener un buen corazón.
En un mundo de grandes diferencias, económicas y sociales, miles de personas, cada una con su historia, se agolpan en ciudades como Tapachula. Sirven para el asalto final a su sueño de vivir en una sociedad donde haya oportunidades para progresar. Sin embargo, no todos tienen éxito; a la noche, en la pequeña Tapachula muchos duermen sin un techo que les cobije, hay mujeres indígenas en cualquier lado con un par de chiquillos agarrados a sus carnes, huyendo quién sabe de qué miseria. Ellos quieren entrar y a mí me cuesta trabajo salir, México me ha atrapado el corazón.

Salva Rodríguez (2015). *América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 91

Sin embargo, y pese al fuerte deseo colectivo por alcanzar el estándar de vida estadounidense que se muestra en televisión, el pueblo latinoamericano es, con diferencia, el más homogéneo del planeta. Y es a causa de un rasgo que a la vez les diferencia de los demás continentes: su calidez. Una forma de ser suave, dulce, amable, que se manifiesta en todos los aspectos de la vida: la música, la fiesta, el trabajo, la escuela... Una forma de ser sencilla, sin doblez ni gesto sofisticado, sin pretensiones; gente buena en el sentido más puro de la palabra.

Al anochecer regresan William, su esposa y el hijo, los tres en la moto; vienen alegres, pudieron sacar la ternera del barro –estos bichos no suelen ser inteligentes cuando van a beber y es una situación frecuente en las ganaderías–. Charlamos animadamente en la cena, una familia de conversación con chispa.

–Por cierto, cuando fui al baño, vi que tienen una bicicleta, ¿me venderían una de las cubiertas? –pregunto antes de acostarnos.
–Ah..., sí, la usamos poco aquí..., mañana hablamos en el desayuno. Buenas noches, que descanse bien.
No es que pasen la noche discutiendo cuántos dólares pueden sacar al gringo por una cubierta de la bici, sino que hay que explicarle al hijo que es necesario regalarle una rueda a este señor que ha parado en casa y que viene viajando de lejos. La bondad de la gente sencilla daría para varias tesis doctorales, tal vez más necesarias en este mundo que la investigación antropométrica de los jugadores de balonmano.
Insisto en pagar, me parece bastante que quieran venderme la cubierta. William se niega, y yo termino aceptando su generosidad con el corazón palpitando; bien sé que no es una circunstancia normal, estoy en un lugar donde el dinero no tiene demasiado valor, ¿qué cuesta una cubierta en esta finca perdida en medio de Los Llanos?, ¿qué cuesta la hospitalidad cuando en cuarenta kilómetros a la redonda todo es barro y sabana?, ¿qué cuesta un litro de agua en el desierto? En estas circunstancias es donde aparece la grandeza del ser humano, “si yo no te ayudo, estás perdido”, y es el hombre con mayúsculas el que tiende la mano en lugar de mostrar un *ticket* con un precio. Eso es lo que vale un hombre, no su cuenta corriente. William no sabe leer, ni siquiera letras mayúsculas, nada, y me da una lección que ninguna universidad podrá ofrecer jamás...
Cuando yo era adolescente, soñaba con ser un aventurero, vivir historias; ahora, sueño con ser alguien como William.
–¿Viene bien? –pregunta mientras termino de inflar la rueda.
–Perfecta, William, no sé cómo darles las gracias.
–No tiene por qué, aquí somos así...

Salva Rodríguez (2015). América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta. España: KRK. Págs. 203-204

Un continente, en suma, de proporciones prehistóricas, donde mucho de su territorio parece estar todavía ajeno a la proliferación humana y su desarrollo. Las tierras de clima extremo al norte y al sur, los vientos imposibles de la Patagonia, las selvas inaccesibles y hostiles a los hábitos acomodados del hombre moderno, y la dureza de sus montañas andinas, donde la vida se acerca más a la supervivencia que al ocio del que se disfruta en otros continentes.

Ha sido realmente una ruta durísima en este altiplano, días en los que el viaje se acercó más a la supervivencia que al cicloturismo; sí que es posible pedalear a cinco mil metros, también es cierto que el cuerpo paga un precio por ese lujo. Comer, avanzar, descansar a la noche; nueve o diez horas de esfuerzo entre breves intervalos de descanso, que no son para tomar un *capuccino*, sino para tomar aliento, hasta la comida prescinde del mínimo capricho y solo sirve para aportar gasolina. Los días se convierten en un intenso acontecer donde no hay resquicio para anotar un par de versos en un papel; si tantas veces soy un viajero que observa la vida de los lugares que visito, aquí la disfruto como protagonista, y eso incluso cambia la percepción del tiempo, el presente lo invade todo.

Salva Rodríguez (2015). América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta. España: KRK. Pág. 261

4. EUROPA

El viejo continente es también el continente pequeño. Sus espacios, en comparación con los demás, tienen un corto horizonte; sus dimensiones no conciben días sin encontrarte a otra persona. Además, lleva miles de años siendo cuna de civilizaciones, desarrollo y construcción. Europa es un continente exhausto.

Es también el continente ateo. Con la excepción de la católica Polonia, la mayoría de sus

países tienen una fuerte proporción de habitantes que viven ajenos a las religiones, un factor notable que se manifiesta en la convivencia de múltiples valores y múltiples puntos de vista, y en la garantía que defiende los derechos de las minorías. No existe una imposición a través de una institución religiosa que rija la vida para todos; en Europa conviven el aborto y las familias numerosas, la prostitución legal y los retiros budistas, la extrema derecha y el comunismo... Afirmar que existe la libertad podría ser atrevido, pero no lo es asegurar que se garantiza un abanico enorme de posibilidades para todos los ciudadanos.

Un continente de riqueza material desmesurada que en su camino al éxito económico se ha deshumanizado. Los individuos son tan autosuficientes y ricos que no necesitan de la ayuda del vecino, ni les interesa. En los países nórdicos el porcentaje de viviendas unipersonales alcanza el 50%, en Centroeuropa se mueve entre el 30 y el 40%, y en España ya es el 25%. Un dato estadístico que respalda la sensación de cualquier extranjero en Europa: hay mucha soledad.

> Siento un mazazo extraño sobre mi cabeza, me siento más pequeño, me siento huérfano, solo. Siempre he pensado que lo mejor de este viaje había sido conocer a tanta gente con la que trabé amistad, y ahora me pregunto para qué viajo en Europa. Pensé que las circunstancias del invierno vencerían nuestra famosa frialdad e indiferencia, que una situación como la de hoy sería la oportunidad para romper el hielo, entablar una conversación, pero empiezo a pensar que estaba completamente equivocado en mis expectativas.
>
> Salva Rodríguez (2016). *Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta. España:* KRK. Pág. 33

Riqueza, soledad, derroche energético, incomunicación y un extraordinario gasto en antidepresivos -el 10% de la población los consume-. Un panorama que se ve contrastado por otro rasgo que caracteriza a Europa: el altruismo. Millones de personas colaboran económicamente con ONG, y cientos de miles pasan sus vidas o parte de sus vidas en lugares remotos del planeta ayudando a mejorar sus circunstancias. Sin embargo, esta característica es, por su propia naturaleza, inapreciable a los ojos de un extranjero en Europa: el altruismo se lleva a cabo fuera.

> Ahora, empiezo a preocuparme por este monólogo que no se rompe. Paso todo el día hablando conmigo mismo y sobre el mismo asunto: “Qué hago aquí”. Caigo en la cuenta de que estoy visitando en Europa a los amigos que he hecho en el resto de los continentes, que en los dos meses que llevo aquí no he hecho ningún amigo nuevo.
> Sé que debería de ser más justo y escribir que simplemente no hay lugar para eso en Europa. Todo el mundo tiene que trabajar mucho para pagar los gastos a los que empuja una sociedad basada en el consumismo. O tiene que ir todos los días al gimnasio para tener un cuerpo deseable. O tienen que estudiar un cuarto idioma...

En nuestras vidas tan organizadas no hay tiempo ni espacio, ni la mentalidad lo permite, para algo tan espontáneo como es entablar conversación con un viajero en la calle. Ha de ser a través de una manera oficial, como Warm Showers, donde un europeo puede programar su día y recibirme; esa es la manera de hacer amistad en el continente donde tienen sentido los portales de citas y las agencias matrimoniales. Europa no tiene tiempo. ¿A esto hemos venido a llamar Primer Mundo?

Salva Rodríguez (2016). *Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 63

Un continente donde trabajo y ocio están clara y profundamente separados, al igual que la mayoría de las categorías sociales. Leyes y costumbres hechas leyes rigen el *modus vivendi* de los europeos, sin espacio para la flexibilidad en sus normas; la vida de quien sufra un accidente trágico que le cause invalidez permanente tendrá mayor o menor protección en función de si fue ocasionado en horas de trabajo o en su tiempo libre, sin tener en cuenta el drama humano.

Todo se consume más allá de la necesidad; gastronomía, viajes, formación, ocio, deportes, cultura... son aspectos que han sobrepasado el consumo necesario para convertirse en objetos de consumismo. Un círculo cerrado que alimenta la riqueza económica del continente: para consumir lo que no se necesita hay que trabajar más de lo necesario. Desde los restaurantes *gourmets* y las tiendas de *delicatessen*, que nada ya tienen que ver con la primigenia función de saciar el hambre, a las marcas de ropa que venden la exclusividad en lugar del abrigo, y a las bicicletas de carbono para desplazarse cinco kilómetros al trabajo.

Descanso un largo rato, junto a decenas de turistas y visitantes que llegan a tomar café en el restaurante del puerto: un mirador lleno de mesitas. Hay incluso un centro de interpretación de la región montañosa del Macizo Central. De repente, entre tanto coche

y tanta roulotte, aparece un grupo de tres ciclistas –en bicis de carretera–, hombres ya entrados en años con el semblante alegre de haber finalizado la subida. Arriman sus bicis adonde yo estoy con mi termo, y –quizás animado por la reciente hospitalidad en el Loira– les hago un gesto abierto de simpatía y enhorabuena; además, los bancos de mi lado están vacantes.

Quedo como un idiota. Ninguno de ellos me devuelve el saludo, ni siquiera la sonrisa, y se sientan lejos de mí; piden unos refrescos al camarero y sacan sus smartphones para avisar al mundo de que subieron al Peyrol. Podrán tener bicicletas de país "desarrollado", pero su humanidad está sin dudas en vías de "desarrollo".

–Cierto que no visto como un ciclista –admito para mis adentros–, que mi bicicleta no parece un modelo aristocrático de cuatro cifras, pero es obvio que soy un ciclista; tal vez sea que tampoco huelo a toallitas húmedas ni mordisqueo barritas energéticas...

De hecho, me estoy zampando unas galletas de chocolate buenísimas: medio kilo por un euro. Más calorías por ese precio no las ofrece ni un plato de *pilav* en Uzbekistán.

–Caray..., si es que vivo al revés que los europeos –vuelvo a admitir para mis adentros–. En lugar de comprar los alimentos que llenen más por menos dinero, debería de pagar un buen puñado de euros por los alimentos que tengan menos calorías y sean más *light*. Cuéntale eso a un africano, a ver qué cara se le pone...

Salva Rodríguez (2016). Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta. España: KRK. Pág. 115

Otro rasgo manifiesto de Europa es el turismo. Los museos, edificios históricos y las atracciones deportivas, entre otros motivos, han convertido el viejo continente el destino turístico preferido del planeta. Pese a ser el continente más pequeño, dobla en millones de turistas a Asia, triplica a América y decuplica a África.

Semejante número, casi 600 millones, obliga a una infraestructura organizada que ha causado, obviamente, la desaparición de la hospitalidad al viajero: un extranjero en el hogar ya no es una bendición, es otro *guiri* con una cámara fotográfica. Hoteles, agencias de turismo, transporte, guías organizadas..., incluso el histórico Camino de Santiago se ha convertido en una atracción turística desprendida de su original intención peregrina.

Viajar no es esto, o, al menos, no es lo que yo he estado disfrutando estos años. Viajar es dialogar con quien piensa diferente, es hacer tuyas costumbres ajenas, es descubrir que la razón del "otro" te hace pensar y cuestionarte; es dormir en el suelo, comer con las manos, hermanarse con el desconocido; es mancharse, transformarse, cambiar para siempre los ojos con los que ves la vida. Viajar no es un seminario sobre piedras góticas o chismes aristocráticos del Renacimiento, eso es turismo. Viajar es exponer tu corazón, que sangre, que se enamore, que sufra, que llore, que ría, y que al regreso –"lo más tarde posible"– sea otro corazón. Hacer turismo es productivo, incrementas tus conocimientos, pero viajar está lejos de ese propósito, no consiste en enriquecer tu discurso con vinos de la Alsacia para deslumbrar a los que se quedan en casa con tinto de verano. Viajar no es productivo. Viajar es, muy al contrario, completamente improductivo; es perder todo lo que tenías al salir de casa: tu dinero, tu salud, tus miedos, tus prejuicios, tu tiempo, tu irrebatible idea del mundo..., es perderlo todo y volver a casa con las manos vacías. Viajar no es "aprovechar el tiempo", sino derrocharlo; viajar no es trabajar en vacaciones y regresar cansado. Viajar es transgredir la norma que nos exige vivir en formación permanente, es disfrutar de la libertad, ser cigarra, ser egoísta; es salir de la rueda del hámster y aprender lo que no oferta ninguna universidad ni tiene cabida en tu curriculum vitae. Viajar es humanizarse, anteponer ese valor a todo lo demás, aunque no lo homologue ninguna empresa. Y el viajero, en suma, es el que pone al "otro" en el primer lugar de su punto de vista, mientras que el turista es el que quiere que se quite de en medio, porque va a sacar una foto.

Salva Rodríguez (2016). *Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta*. España: KRK. Pág 46

5. UN PLANETA LLENO DE BELLEZA

Uno de los motivos para salir a viajar por el mundo es la belleza de nuestro planeta. Desiertos, selvas, montañas, sabanas, altiplanos, bosques, playas, y por supuesto las grandes construcciones realizadas por el hombre. Dormir en la quietud suprema del Sahara y despertar con un universo de arena por toda compañía es una experiencia de la que nadie sale indemne; contemplar la Gran Ola de Arizona es conmoverse fascinado por el caprichoso pincel con el que la Naturaleza deja impronta aquí y allí; bañarse en un río de selva, en aguas transparentes y rodeado

de una vegetación en la que se respira clorofila, ensordecido por los aullidos de los monos, provoca una sensación de plenitud en nuestra dimensión animal para la que usar “belleza” es insuficiente. O sentarse frente a las grandes cordilleras del planeta y descubrir una dimensión que no está pensada para el pequeño humano...

Los desiertos revelan sonidos que no se pueden escuchar en otros lugares del planeta, es el silencio quien lo hace posible. Esa noche, privado de lo prescindible que tanto ruido hace, escucho la dulce música que está escondida debajo de la vida.
Poca gente es insensible ante la experiencia del desierto. Y repetirla es reconocer ese secreto, lo que habita donde no hay vida; algo que, quizás, no es ni más ni menos que uno mismo desnudo de juguetitos y lucecitas, la propia esencia en contacto con el universo, el oboe que no se puede escuchar donde hay ruidos.

Salva Rodríguez (2015). *América, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en b*icicleta. España: KRK. Pág. 54

El mundo no deja de asombrar nunca, aunque te haya saturado con cientos de lagos de color turquesa y miles de cascadas, con los nevados más puros y remotos, con las arenas paradisiacas de talco y cocoteros..., ni siquiera deja de hacerlo en la pequeña Europa cuando, tras más de nueve años de viaje, una pequeña ciudad polaca puede sorprender mostrando lo que se supone imposible...

Uno viaja por el mundo para ser sorprendido, y, por todos los dioses, el mundo sorprende. A punto de regresar a mi casa doy con algo tan raro que jamás se me hubiera pasado por la cabeza: ¡dos ríos cruzándose! En la pequeña ciudad de Wagrowiec, el Welna y el Nielba literalmente cruzan las corrientes de sus aguas. Un rarísimo fenómeno que al parecer es causado por la diferencia de temperaturas y velocidad de cada uno...
-Si tenemos que decirte completamente la verdad, la canalización de los dos ríos ha incrementado el fenómeno, pero, aparte de eso, ya ves... Increíble, ¿no te parece?

Salva Rodríguez (2016). *Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta*. España: KRK. Pág. 87

6. EL ESFUERZO Y LA PERSISTENCIA PARA CUMPLIR EL SUEÑO

Siento una intensa alegría por los pasos que he dado y por los que no di, jamás me arrepentí en estos años de haber partido. Jamás. Respecto a aquella apuesta contra la muerte con la que comenzaba esta guía didáctica, puedo decir en voz alta que perdí todos mis ahorros viajando, los que aposté; perdí también mis miedos, mis prejuicios, pero gané diez años a la muerte, los mejores años de mi vida. Y cumplí mi sueño, le gané esa apuesta a la muerte.

He conocido la libertad que buscaba y he visto el mundo entero. Ahora, satisfecho, si puse toda mi fe en dos versos de *La Inmortalidad* de García Montero, hoy puedo declamar, henchido, pleno, los versos finales del mismo poema:

> Me basta con la vida para justificarme.
> Y cuando me convoquen a declarar mis actos,
> aunque sólo me escuche una silla vacía,
> será firme mi voz.
> No por lo que la muerte me prometa,
> sino por todo aquello que no podrá quitarme.
>
> (*Completamente Viernes*, 1994. Tusquets)

Cuando sea viejo y contemple la juventud de otros, podré sonreír y recordar que disfruté los mejores años de mi vida cumpliendo un sueño. Sin embargo, haber logrado dar la vuelta al mundo no ha sido, a menudo, un camino de rosas. La soledad en las enfermedades, el agotamiento físico, las condiciones climáticas extremas, el miedo ante situaciones de peligro, ante ataques de animales... Dar la vuelta al mundo, o cumplir cualquier sueño, exige de una entrega completa sin fisuras; no hay cabida para el desánimo ni para la derrota; no hay vuelta atrás, sino un largo camino hasta el logro.

Dos valores son necesarios para conseguirlo: esfuerzo y persistencia. Persistencia para mantener el esfuerzo día a día hasta conseguir la meta propuesta. Sin opción al abandono. Ningún músico de esta orquesta tocaría en este concierto si no hubiera mantenido la misma actitud frente a estos dos valores: esfuerzo y persistencia. Sólo de esta manera se consigue algo grande en la vida, algo inequívoco, algo que dé sentido a la existencia y llene de satisfacción interior. Lo que, músicos y yo, tenemos en común es un tesoro que no perderemos jamás, que ninguna crisis podrá arrebatar, algo imborrable porque lo alcanzamos sin pagar por él. Fue con nuestro esfuerzo.

Igual que un pianista alcanza la plenitud mientras ejecuta una sonata redonda, y el silencio tras la última nota le transporta a un lugar cercano a los dioses, yo he encontrado mi felicidad a través de experiencias que no cuestan dinero.

Dormir en medio del desierto y sentir todo el peso del firmamento entrando por tu piel a través de una ósmosis inexplicable, contemplar los Andes al amanecer y ver que las águilas están volando debajo de ti, alcanzar el vértice de un continente por tu propio esfuerzo y sentir cómo en ese momento se agolpan todos los pasos dados para convertirte en un gigante y sonreír con los ojos cerrados sabiéndote tan pequeño...

Cuando lo que te realiza no cuesta dinero, sino que lo consigues con tu esfuerzo, te conviertes en una persona diferente. Y yo las he visto por todos los países del mundo; les brillan los ojos, llevan una sonrisa por bandera y caminan a pecho descubierto, sin miedo a ser confrontadas porque sus vidas les justifican, porque sus actos están todos tallados en la misma piedra. Cuando te encuentras con uno de ellos, de inmediato le reconoces y él te reconoce a ti; no hay posibilidad de equivocarse, ninguno lleva un disfraz ni está posando para la galería. Y fraternizas en un idioma común de pocas palabras. Más tarde, descubres que estos tipos tienen el armario un poco descuidado, un teléfono móvil de los años noventa, y prefieren escuchar para aprender antes que hablar para enseñar. Son miembros de un club en el que yo solicité entrar cuando emprendí el camino de los sueños; gente distinta, con el bolsillo medio vacío y el pecho atiborrado de dicha; gente que no entiende las colas de las rebajas, los templos del balón, ni el valor de los diamantes; unos tipos locos que perderían sus últimos cien dólares antes que perder el don de cerrar los ojos y sentir su cuerpo vibrando de emoción; unos tipos locos que, al igual que ayer y mañana, hoy serán inmensamente felices, tengan una cita en un restaurante con una chica bonita o un arroz blanco debajo de un puente.

Salva Rodríguez (2016). *Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bici*cleta. España: KRK. Pág. 110

7. LO MEJOR DE ESTE MUNDO: SU GENTE. HOSPITALIDAD Y FRATERNIDAD.

Tras una década viajando sobre una bicicleta, he acumulado una ingente cantidad de datos estadísticos -kilómetros, puertos de montaña, pinchazos-, trucos y artimañas para conseguir visados imposibles y cruzar fronteras inaccesibles, pero el mensaje más importante que puedo legar es algo de perogrullo, una obviedad. Si un tipo en una bicicleta barata puede dar la vuelta al mundo, con los contratiempos y retos que debe afrontar, es porque -primero- tiene una fuerte determinación interior, y -segundo, y más importante- porque la mayoría de la gente de este mundo es buena. Da igual el color de piel, la religión, el gobierno..., la mayoría de la gente es buena y cuando se presenta la ocasión de poder ayudar, ayuda; nos sentimos universalmente felices cuando hacemos el bien o ayudamos a alguien, sea en Alemania o en Malasia. Es un rasgo inherente a la raza humana.

Yo he conocido a ese 99% de la población que no sale en televisión, que me ha echado una mano sin pedirla, que me ha acogido en su casa, que me ha sacado del medio del desierto con la bici rota, que me ha dado agua en el desierto, refugio en tierras de guerra... Si el mundo fuera hostil -dado que las noticias reflejan por definición lo anecdótico- las noticias que veríamos en las televisiones serían los sucesos bondadosos y solidarios.

La primera reacción sobre un viaje de esta dimensión es un pensamiento de admiración, todos ven al viajero como protagonista y piensan: “Qué aventurero” o “Qué gesta”. En realidad, lo que este viaje demuestra a todas luces es que el mundo está lleno de buenas personas; que el otro, el desconocido, el diferente, es una mano tendida que ayuda y no una mano con una pistola. Es obvio que un tipo en solitario montado en una bici depende tanto de su coraje para seguir adelante como de la ayuda del desconocido. Es obvio que si la gente de este mundo no fuera en su

mayoría buena y generosa, yo no habría podido terminar con éxito este viaje. La gente es, con mucho, lo mejor de este planeta.

Tomo la cámara, miro la foto junto al cartel de “Bienvenidos a España”, me pellizco y sigo sin creerlo. He regresado a mi país tras darle la vuelta al mundo en una bicicleta, una frase más inverosímil que impactante: ¿se puede dar la vuelta al mundo en una bici?

Salva Rodríguez (2016). *Europa, un viaje de cuento. La vuelta al mundo en bicicleta.* España: KRK. Pág. 125

Más información sobre Salva Rodríguez y su vuelta al mundo en bicicleta en www.unviajedecuento.weebly.com y en FB: Un viaje de cuento.

ANEXO: MAPAS DEL VIAJE POR CONTINENTE [2]

[2] Diseño de los mapas: Xavier Conesa. Copia o reproducción no permitida sin permiso escrito del autor (www.ojorojo.info).